

LA NECESARIA IRRUPCION DE LO PLEBEYO* (o cómo pensar una gestión de gobierno alternativa)** ***

Por Mabel Thwaites Rey

PENSAR LOS NOVENTA DESDE LA IZQUIERDA

El propósito de estas páginas es aportar a la reflexión sobre que significa hoy, en la Argentina, hablar de un gobierno progresista, de una gestión pública alternativa.

Este debate no remite, simplemente, a una inquietud teórica: el hecho de que aparezca la posibilidad de triunfo de una fuerza auto referenciada como progresista nos señala la importancia política de esta cuestión.

En nuestro caso aparece central el plantear que nuestro aporte a la discusión se hace desde la tradición de pensamiento de izquierda. Sin embargo, no arraiga en ninguna de las expresiones orgánicas que se manifiestan en la vida política argentina. Por supuesto que, en 1994, aún esta simple definición de pertenencia requiere una mayor precisión: comencemos por decir que nuestra cosmovisión se referencia en el marxismo como "horizonte teórico de nuestro tiempo", a partir de una lectura abierta, no dogmática, "laica", como vía privilegiada de interpretación y, fundamentalmente, de transformación de la realidad.

¿Qué diferencia, entonces, en la praxis política, a una visión de izquierda? Izquierda es, por supuesto, defensa irrestricta de los intereses populares. Pero esta definición no es patrimonio único de ella. Nuestro planteo es que la garantía de que esa defensa resulte consecuente radica en la impugnación al capitalismo. Pero, ¿cómo se manifiesta hoy, en una era signada por la hegemonía mundial del neoliberalismo y la disolución caótica de los socialismos reales, tal cuestionamiento?

En tanto asumimos que el capitalismo como forma histórica tiende ineluctablemente no sólo a perpetuar las más flagrantes inequidades sociales, sino a no garantizar siquiera la mínima reproducción de la inmensa mayoría de la población mundial, la superación del orden que propone sigue siendo una necesidad, y como tal debe expresarse en una "nueva cultura"¹. Pero ya no puede apelarse a la idea de una "necesidad histórica objetiva" que, en tanto que tal, debe realizarse casi automática, linealmente, en un "otro orden" previamente diseñado y único. La cuestión del socialismo aparece así abierta a la posibilidad de su múltiple definición en la praxis que le da forma de alteridad anti-capitalista. Qué quiere decir "socialismo" hoy, como punto de convergencia de significantes, plantea la duda de cómo construir ese nuevo orden deseable y posible, encontrando en el presente las condiciones materiales de su posibilidad.

Y ello tiene el problema de que aún para las tradiciones político-teóricas que cuestionaron permanentemente el modelo estatal estalinista de construcción de la alteridad no-capitalista -y ni hablar de las que defendieron la "vía soviética" al socialismo- el fracaso tan palmario de una

* La sugestiva idea de lo "plebeyo" está muy bien desarrollada en un trabajo de Edgardo Logiúdice, titulado "Lenin y el pan", publicado en la revista DOXA N°11/12, Invierno-Primavera 1994.

** El artículo está escrito en plural porque expresa las ideas de un grupo más grande de compañeros con quienes las he debatido. Quiero mencionar y agradecer especialmente al Lic. José Castillo, cuyo aporte ha resultado invaluable para la concreción de estas páginas, que contienen muchas de las ideas que generosamente me ha "cedido". Lo eximo, sin embargo, de responsabilidad sobre el resultado final de tan interesante intercambio.

*** Publicado en COMO GOBERNARA EL FRENTE GRANDE, Ediciones La Urraca, Buenos Aires, 1994. ISBN 950-9265-49-7.

¹ - Un desarrollo provocativo de esta idea se encuentra en el artículo de Jacques Texier "Qué cultura para qué concepto de política", publicado en DOXA, N°7, Invierno de 1992.

experiencia universalmente nombrada-reconocida como "socialismo", que signó la arquitectura política de este siglo, impone asumir la experiencia fallida con lo que comporta para la idea del "socialismo", y producir una reflexión profunda y desprejuiciada que indague sobre sus formas de posibilidad. Creemos que más allá de los nombres, las grandes ideas de que dispone la humanidad para elaborar sus proyectos sociales no son infinitas ni se producen todos los días. Esta "escasez histórica" obliga a replantearse la cuestión del socialismo antes de tirar rápidamente por la borda lo que momentáneamente se supone un "lastre" para la praxis inmediata. Claro que el equilibrio entre lo necesariamente reformulable y lo conservable, aunque exige una definición teórica, es difícil de dilucidar sin una activación de las luchas de masas que lo tornen actual y necesario. Porque más que un problema de "intelectuales" resuelto en lo discursivo, es un problema de las prácticas sociales expresadas, entonces sí, en el plano de los discursos que explicitan su sentido.

LA IZQUIERDA Y EL FRENTE GRANDE

En esta instancia en la que asistimos a la paradoja de que en un contexto mundial donde la hegemonía neoliberal todavía da signos de vitalidad, y la correlación de fuerzas -como veremos más adelante- resulta "materialmente" desfavorable a los sectores populares, aparece en el horizonte político una fuerza, el Frente Grande, topológicamente ubicada a la izquierda de los partidos tradicionales, pero que hoy por hoy sería posible definirla con el término más genérico de progresista. Porque partimos de la base de que, por su programática, su propuesta mayoritaria de construcción y también por la historia de muchos de sus referentes, no corresponde definirlo como una fuerza de izquierda. En este punto se plantean dos preguntas relacionadas: ¿qué le puede aportar a la izquierda el Frente Grande? y ¿qué puede aportarle al Frente Grande la izquierda?

Respecto a la primera, es obvio que no adherimos a la tesis de que cuanto peor, mejor, por lo que no nos da lo mismo una gestión neoliberal que una orientada con principios democráticos y progresistas. Esto dicho en términos muy generales, casi de perogrullo. Porque en la medida en que el proyecto neoliberal traza una línea muy fuerte entre quienes pueden y quienes no reproducir sus mínimas condiciones de vida y se solaza en una gestión desaprensiva y corrupta de la cosa pública, no es indiferente pensar en ponerle un freno. Pero existe una discusión central que definirá, a nuestro juicio, si el lugar del Frente es una herramienta válida en la inacabada lucha de la izquierda: su capacidad de aportar a una construcción contra hegemónica. Aquí reside un punto clave. Porque si el Frente llega al gobierno y fracasa en su intento de producir modificaciones en la sociedad, esto puede redundar en un perjuicio grave para la construcción de un nuevo orden político que incluya a las mayorías populares y, por extensión, para el futuro del socialismo. Esto es así porque más allá de que el Frente no se autodenomine como izquierda, al estar ubicado en ese lugar en la topografía política -y más allá de toda impugnación que se pueda hacer al respecto desde valores izquierdistas en estado puro- su gestión quedará asociada a ese conjunto difuso de ideas que se asocian popularmente a la "izquierda". Por eso que para quienes nos definimos como izquierda, no nos es indiferente el rumbo que tome el FRENTE, como principal oposición o como gobierno. Y es desde allí que se trata de aportar lo mejor de la tradición socialista.

Respecto a qué le puede aportar la izquierda al Frente Grande, lo desarrollaremos más detenidamente, haciendo hincapié, en primer lugar, sobre algunas cuestiones teóricas generales. Luego, abordaremos aspectos de la realidad nacional.

Como importante punto de partida tenemos la gran tradición crítica, entendida como método de análisis. Justamente el no fijarse límites dentro de las estrecheces del sistema nos permite pensar sin reificar, ni histórica ni lógicamente, las instituciones propias del capitalismo, y no

aceptar la existencia separada de "lo político" y "lo económico"². Porque no creemos en racionalidades ni necesidades económicas autónomas de las relaciones de poder, ni que ellas sigan un curso inexorable. Precisamente la tensión básica que define la relación social capitalista cambia según las etapas históricas y las correlaciones de fuerzas entre el Capital y el Trabajo, tanto en el nivel mundial como en el nacional. Y queda claro que el clivaje fundamental que define los conflictos esenciales en las sociedades capitalistas lo constituye el antagonismo entre Capital y Trabajo, más allá de toda variación en esa relación.

Aquí está presente el tema de las relaciones de producción -y el consecuente régimen de propiedad de los medios de producción- que definen el "modo de ser" de un orden social. Y en tanto que la cuestión de la propiedad privada de los medios de producción, que obliga a la venta de la fuerza de trabajo y permite la extracción de la plusvalía como fuente de la ganancia capitalista, constituye el "núcleo duro" de la teoría marxista, su resolución teórica a la luz de la experiencia tanto de los socialismos reales -ya históricos-, como de los capitalismo "realmente existentes", aparece como vital para definir un "imaginario" alternativo y las estrategias de lucha de las clases subalternas.

Una "nueva cultura" debe implicar, entonces, un imaginario social alternativo que entrañe la radicalización del proyecto democrático presente en la sociedad burguesa como mecanismo formal -realidad actual-, apropiándose del sentido virtual de resolver la escisión gobernantes-gobernados en el autogobierno de las masas. Y ello supone, al mismo tiempo, el cuestionamiento de la dominación capitalista en el lugar mismo donde su ejercicio se torna básico: la producción, es decir, la capacidad del capitalista de decidir en forma exclusiva sobre el destino del producto social, que es asumida-garantizada por la forma Estado.

En las actuales circunstancias mundiales, la globalización del capital alcanza su expresión más acabada en su forma líquida: el dinero³. A partir de mediados de los años setenta, y ante la incertidumbre respecto a las posibilidades de sostener las ganancias en las actividades productivas, el capital encontró un refugio seguro en las actividades financiero especulativas. Como estrategia de largo plazo, la libre circulación planetaria del capital se constituyó en un arma sin precedentes para condicionar al polo del trabajo. Porque en tanto en el capitalismo si no hay inversión no hay generación de actividad productiva y, por ende, no hay trabajo, el manejo de la escasez de capital destinado a la producción coloca a los trabajadores ante un virtual chantaje: si ustedes no se allanan a las nuevas condiciones que creemos necesarias para recuperar la ganancia, nosotros no invertimos, ergo, ustedes no tienen trabajo, ergo, no pueden reproducir sus condiciones de vida. En este contexto, la revolución tecnológica produjo una contracción fenomenal de los puestos de trabajo, generado un desempleo estructural que constituye uno de los mayores problemas que enfrentan -aunque con causas diversas- tanto las economías desarrolladas como las periféricas. La fragmentación y la precarización laboral resultan así correlativas a la pérdida de poder de negociación del trabajador industrial clásico y dibujan un escenario sombrío.

ACERCA DEL SUJETO DE LA TRANSFORMACION

Esto nos lleva a interrogarnos sobre quién es -o debiera ser- el **sujeto** de la transformación socialista del orden capitalista. Mucho se ha escrito sobre la definición y el papel de las clases sociales, sobre la extensión de la clase obrera y de las demás clases -o grupos, o fracciones-

² - Estos conceptos están desarrollados en el artículo ya clásico de John Holloway y Sol Picciotto "La teoría marxista de la crisis, del capital y del Estado", en ESTADO Y ECONOMIA, CRISIS PERMANENTE DEL ESTADO CAPITALISTA, Sociedad de Ediciones Internacionales, Bogotá, 1980.

³ - Un desarrollo de estos conceptos se puede ver en el trabajo de J. Holloway "La reforma del Estado: capital global y Estado nacional", publicado en DOXA N°9-10, Buenos Aires, 1993 y en el de M.Thwaites Rey "Apuntes sobre el Estado y las privatizaciones", publicado en APORTES (Estado, Administración y Políticas Públicas) N°1, Otoño de 1994.

subalternas, sobre su tamaño y textura, sobre su fragmentación, sobre el papel de la conciencia, etc. A su vez, la importancia que temáticas como la libertad, la autodeterminación, la democracia y los derechos de las minorías adquieren en una sociedad que se fragmenta cada vez más, ya hace varias décadas que plantea profundos desafíos al clivaje clásico burguesía-proletariado. En tal sentido, la incorporación de la problemática de los movimientos sociales, como expresivos de otras contradicciones que se desarrollan en el interior de la sociedad capitalista y que no pueden ser reducidas directamente a la dimensión clasista, ha significado un avance interesante respecto a estrechas definiciones propias de las realidades del siglo pasado. No obstante, es preciso tener en cuenta que si bien el desarrollo de las sociedades capitalistas ha complejizado enormemente el carácter de los antagonismos y conflictos en su seno, ello no implica que se haya diluido el principal: Capital-Trabajo.

Y es en torno a la resolución de este conflicto que puede pensarse una sociedad distinta a la capitalista, que puede construirse el imaginario socialista, mientras que su condición de posibilidad radica, precisamente, en la vigencia de esta contradicción bajo el capitalismo. Pero la definición de este sujeto no es previa y dada, no se recorta objetivamente, sino que es materia de construcción social como producto de las prácticas concretas que van articulando sentidos diferentes, mientras que la diversidad capitalista remite, ineluctablemente, a las condiciones básicas de apropiación del excedente social. El sujeto, entonces, podrá definirse como tal si logra articular sus múltiples fragmentos en una "nueva cultura", que dibuje un horizonte posible de superación de los antagonismos a la par que preserve la legítima diversidad que exhibe la realidad presente. Porque sin respetar lo diverso sólo pueden pensarse aniquilaciones totalitarias, pero sin síntesis unificadoras sólo se preservan las inequidades de la fragmentación tal como las produce el orden actual.

Por eso, una propuesta de izquierda -genéricamente hablando- no puede desconocer la centralidad de la lucha Capital/Trabajo, para limitarse a articular las reivindicaciones democráticas de los nuevos actores sociales. Porque ésto sería resignarse a no operar sobre el eje de las formas de acumulación del capital, sería escindir -como hace el pensamiento liberal-burgués- la economía de la política e implicaría que cualquier proyecto transformador quedara limitado a ganar legitimidad en su formato ético, para perderla inmediatamente administrando el ajuste.

Esto no quiere decir volver a los planteos de la centralidad obrera entendidos como reafirmación del operario de fábrica, lo que llevaría a aislar aún más las lógicas defensivas (y exclusivamente corporativas) de sus luchas. Se trata, por el contrario, del reconocimiento de la dimensión internacional y las particularidades nacionales que asume la acumulación capitalista desde la crisis de los años setenta (y del modelo fordista) y la ofensiva contra el polo del trabajo. Se requiere asumir que hoy el conflicto capital/trabajo se está definiendo dramática y simultáneamente en el terreno de la producción -cómo y qué se produce y para quiénes- y en el plano político, donde se disputa en torno a qué instituciones y con qué mediaciones se diseñará la sociedad mundial de entrada al siglo XXI. Ningún proyecto "nacional" (ni de derecha ni de izquierda) está ajeno a esta lucha, en la medida en que la globalización -y no la edulcorada "interdependencia"- signa la complejidad del proceso.

Sostenemos, en síntesis, que la articulación Estado Nacional-Capital Global sigue en pie, conteniendo en su seno la riqueza del conflicto de clases. Por eso, no se trata de diluir la lucha social o los términos de explotación en armonías etéreas, sino, por el contrario, de asumir claramente el lugar de creación política del lado de los sectores subordinados.

En la actual coyuntura mundial y nacional, hoy lo prioritario parece ser colocar los prerequisites a la existencia social: evitar la desintegración en base a la violencia social y dar la posibilidad a la construcción de un Sujeto Político Popular. Se trata de evitar la marginación, la disgregación y poner en el lugar principal de la agenda política el tema de la pobreza, de darle carta de ciudadanía a los sectores más oprimidos y articularlos con los demás sectores

subalternos. Desde una perspectiva de izquierda, que se diferencie claramente de las heterogéneas voces que se hacen eco de un problema de magnitud universal, partir de la pobreza como "la gran cuestión" implica llevar al primer plano las causas profundas que la provocan y disputar en el terreno de las soluciones.

A esta altura del análisis ya resulta claro que el problema no está en escribir un programa, sino en delimitar claramente los terrenos de disputa (los centrales y los accesorios) que una fuerza política progresista debe transitar. Se trata de comprender que un proyecto alternativo implica prácticas, sentimientos y razonamientos, vinculados a un concepto: el de causa colectiva trascendente, y a una idea fija: construir un destino colectivo. La disputa se centra en saber si tenemos algo que decir frente a la crisis o si, por el contrario, estamos condenados a que nuestros ideales solo sean creíbles donde haya abundancia para distribuir, como pretende la derecha. En este sentido, desde la perspectiva de las clases y sectores subalternos se impone enfatizar el imperativo de producir un modelo de desarrollo que tenga como prioridad incluir desde un principio la distribución de la riqueza, cualquiera sea el monto socialmente generado.

ELEMENTOS PARA PENSAR UNA GESTION ALTERNATIVA

Para responder al desafío de pensar en una propuesta de gestión de gobierno alternativa creemos necesario partir de lo que ello supone en la Argentina de hoy. Es decir, se trata de evitar el planteo genérico e indefinido de buenos propósitos que sirven para todo tiempo y lugar, desconociendo cualquier referencia contextual. Inscribirse en los valores universales de justicia que animaron las distintas formas de pensamiento progresista a lo largo de la historia, contiene el imperativo de traducirlos al aquí y ahora, requisito inevitable para sortear el eterno obstáculo de quedarse en el plano de la retórica.

Esto nos requiere un trabajo en dos direcciones:

a) La traducción moderna de la programática clásica. Debe quedar en claro que hay cuestiones que no corresponde plantear no "porque no se dan las relaciones de fuerzas", sino porque no creemos que sean útiles para el proyecto transformador (tal el caso de un excesivo "estatismo").

Resulta importante señalar que, en la Argentina, en los últimos quince años las instituciones y las políticas estatales no favorecieron a las mayorías populares. Estas ya habían sido o bien vaciadas de recursos humanos y materiales o bien colonizadas por determinados grupos de poder económico que, además de generar mecanismos de acumulación a su favor (por ejemplo, vía contratismo del Estado) provocaron una situación de ineficiencia generalizada. Al momento de la reforma menemista del Estado ello se manifestaba como una parálisis de la gestión pública que redundaba en una profunda deslegitimación de su accionar como tal. Reconocer esto nos lleva a aseverar por qué no consideramos correcto decir "re-estaticemos todo otra vez" o ensanchemos indefinidamente el papel estatal, como si ello favoreciera automáticamente a los sectores populares -y fuera una firme demanda popular-. El problema del Estado es más complejo que el tamaño de sus aparatos. Remite al tema del poder social. Porque en las instituciones del Estado cristalizan correlaciones de fuerza históricas -y, por ende, variables-, que se expresan en un denso y contradictorio entramado de políticas, organismos, y burocracias que, en última instancia, contribuye a garantizar la reproducción de las desigualdades básicas inscritas en el sistema capitalista. Por eso no debe caerse en la trampa de pensar que más Estado, como afirmó siempre la derecha vernácula, es sinónimo de socialismo, ni suponer, como se inscribe en la tradición populista, que el Estado efectivamente es una instancia neutral capaz de colocarse por encima de los antagonismos fundamentales e impulsar, por definición, el progreso social.

b) El reconocimiento de la dimensión política de las relaciones de fuerzas, y el armado

consiguiente de una propuesta transicional posible ante la actual correlación, pero que a la vez contenga elementos que permitan modificarla a favor de las clases populares.

En primer lugar, debemos advertir que no es posible pensar en una gestión de izquierda, progresista o siquiera reformista sin comprender que ella generará, per sé, conflicto. En este marco, no se puede decir que es imposible o inconveniente proponer medidas de fondo que replanteen el rumbo socioeconómico actual -por ejemplo, la revisión de las privatizaciones- argumentando que generarán confrontación, porque la pugna va a estar instalada con el solo hecho de que una encuesta diga que puede ganar una opción alternativa. Esto lleva a asumir, indefectiblemente, un escenario de conflicto y trabajar sobre él.

Un proyecto progresista deberá, entonces, tener absolutamente en claro que "los consensos" a veces serán posibles, que las ingenierías políticas podrán funcionar en algunas ocasiones, pero que en lo que es la centralidad del proyecto está abierto un conflicto que hoy no permite mucho margen de libertad para "gestionarlo" sin afectar intereses poderosos.

A la hora de actuar es necesario partir de un cuadro realista de las relaciones de fuerzas actuales. Esto, hoy por hoy, significa reconocer el grado inusitado de poder que han acumulado los grandes grupos económicos frente al resto de la sociedad y que les permiten imponer fuertes condicionamientos objetivos al accionar político. El virtual chantaje capitalista que condiciona la inversión -y por ende, la reproducción social misma bajo el capitalismo- a la obtención de cada vez mayores reivindicaciones y garantías por cierto no es ilusorio y se expresa de múltiples maneras. La estabilidad, en ese marco, aparece ante una porción significativa de la sociedad como el único punto de concesión materializable que aquél está dispuesto a sostener en las actuales condiciones: es lo opuesto a la traumática experiencia de la hiperinflación. Pero más allá de esta precaria base que elimina -a un costo altísimo- el desasosiego cotidiano de la volatilización de la moneda, se abre un extenso espacio de disputa sobre el futuro.

Pero asumir esta correlación de fuerzas no equivale a darla por cristalizada. Una propuesta alternativa que intente representar intereses populares debe plantearse una estrategia que le permita cambiar esa correlación y no simplemente operar en ella. Este cambio no puede darse únicamente en el plano técnico de las medidas concretas a proponer, sino que será en el del discurso político-económico donde se dará la primera disputa. Por eso no puede renunciarse desde el comienzo a cambiar las reglas de juego actuales por temor a las sanciones del establishment, si es que se pretende apuntar a una transformación real y no retórica.

Vinculando los dos puntos precedentes, podemos decir que leer la coyuntura es entender que vivimos un proceso de ofensiva de los sectores dominantes en el nivel mundial. El ejemplo mas claro es la actual presión por consagrar definitivamente -y como victoria principalmente política- la flexibilización absoluta de las relaciones laborales. En este punto, donde la correlación de fuerzas aparece como negativa para los sectores populares, es preciso llamar la atención. Porque el hecho de que tal correlación no esté cristalizada implica que, si no es modificada en un sentido favorable a los intereses populares, será aún más regresiva para éstos. Lejos de refugiarse en una actitud defensiva, se impone una respuesta activa.

La experiencia europea demuestra que dicha flexibilización no garantiza mayor empleo y, aún más, está seriamente en duda si garantiza mayor crecimiento económico. ¿Qué hacer entonces? ¿Entrar en la lógica del debate por el abaratamiento de la mano de obra, para asegurar mayor "competitividad internacional" o, por el contrario, obligar al capital a que busque sus alternativas de reproducción por el lado del aumento de la productividad? En esta segunda opción no solo se defenderá una determinada relación de fuerzas en el conflicto Capital/Trabajo, sino que también se estará promoviendo una mejor inserción económica de nuestras mercancías en el mundo.

No se trata de "convencer" al capital de lo que "es mejor" idealmente -o, como creen algunos, de enseñarle a los capitalistas como deben serlo-, sino de imponer por la fuerza una lógica donde a partir de la defensa irrestricta de los intereses de la clase trabajadora, se vaya delineando un proyecto de alcances nacionales acorde a la conflictividad mundial. En este marco habrá coincidencias con ese "capital productivo ideal": a ambos les interesará promover la educación, la salud, la infraestructura, la seguridad jurídica, los marcos regulatorios adecuados para la actividad privada. Pero, una vez más, la racionalidad nos obliga a no dejar la resolución de este conflicto en manos de actores "ideales" sino de los sectores con existencia real. Así, la clase trabajadora podrá tener coincidencias objetivas con sectores "modernos" (o más lúcidos) de las clases dominantes, generando fracturas en su lógica prevaleciente de funcionamiento parasitario. Pero debe quedar claro que ello no será producto de un "debate por la modernización", sino más bien de una disputa política de los sectores populares que coloque esos temas en la agenda de problemáticas socialmente vigentes. Reinsertar en el debate cuestiones que tienen que ver con la posibilidad de reproducción material del conjunto de la sociedad y no solo de algunos sectores, con modelos productivos pensados para compartir desde ahora los frutos del crecimiento y no esperar a futuros inciertos e inalcanzables, creemos que debe ser una prioridad de una propuesta alternativa. En tal sentido, instalar el tema de la pobreza como prioritario en la agenda pública, como factor articulador de las demás estrategias y políticas es un imperativo para cualquier fuerza que se precie de "progresista".

Ello implica correrse de un debate al que pretende llevarnos el actual modelo, que pide medidas "técnicas" dentro de su propio esquema. Insistimos: si se acepta como inamovible el modelo vigente es cierto que solo se podrán discutir detalles de gestión. Pero para salir de aquél es preciso ir gestando una voluntad colectiva que plantee otras condiciones de posibilidad. Y esto se gesta en la lucha. Y para la disputa social y política se requieren un conjunto de ideas que sean algo más que medidas técnicas para operar sobre el contexto dado sin modificarlo.

En este sentido, resulta importante aprender de la historia. Particularmente de los intentos frustrados de la década de los ochenta. Solo reflexionando, y criticando a fondo las frustraciones populares que significaron el alfonsinismo primero, la renovación peronista después y, aunque en un nivel distinto, las diferentes ingenierías políticas con que la izquierda intentó participar en estos procesos (Partido Intransigente, Frente del Pueblo, FRAL, Izquierda Unida) se podrá avanzar en la comprensión de qué tiene para ofrecerle a la sociedad en la actualidad un pensamiento progresista, enfrentado radicalmente al proyecto neoconservador.

PRERREQUISITOS PARA LA DEFINICION DE PROPUESTAS CONCRETAS

Estas cuestiones nos llevan a la necesidad de propuestas concretas. Pero para ser realmente alternativas deberán superar la limitación de los márgenes actuales, aunque partiendo de ellos. Esto quiere decir, lo repetimos, que no es conveniente plantear reivindicaciones principistas atemporales. Entonces, habrá que especificar qué se entiende hoy por representar los intereses del pueblo, por expresar la voluntad de las mayorías en términos de sus condiciones materiales de vida.

Una pregunta pertinente para comenzar a pensar puede ser cuál es el lugar de lo público, de la gestión de lo colectivo, de la decisión democrática de lo cotidiano. En tal sentido, ¿cómo es posible recrear la noción de "auto-gobierno" de las masas con la complejidad del mundo moderno?. Es claro que para pensar otra forma de articulación, para que exista su condición de posibilidad de ser pensada, es necesario que existan los sujetos sociales capaces de imponerlas. Pero, ¿cómo cambiar la correlación de fuerzas sin gestar algún esbozo de idea-fuerza que pueda aglutinar voluntades fragmentarias? Esta es una tarea ineludible, pero larga

y en sí misma problemática, que se dará en un proceso colectivo que implica lucha y reflexión.

Mientras tanto, se pueden defender las conquistas históricas como ejemplos de derechos adquiridos, defender la posibilidad de decidir sobre el destino común, y muy especialmente las instancias democráticas de participación. Desde ese lugar debe hablarse de lo colectivo y, no puede eludirse por el momento, la gestión pública -que hoy adquiere una dimensión estatal- de lo que es colectivo... aunque el Estado siga teniendo -por un buen rato- carácter "capitalista". Sin embargo, se podría ir pensando en una propuesta alternativa no estatista que suponga formas de apropiación social colectiva y de gestión democrática: control de usuarios y trabajadores de servicios públicos, formas productivas y de consumo cooperativas, formas alternativas de producción en términos de preservación ecológica, etc. Esto tiene un problema: la historia universal está repleta de experiencias de actividades cooperativas -por ejemplo- que, al chocar con los límites del capitalismo fueron absorbidas o resignificadas por el sistema. Pero aquí vale la pena resaltar lo contradictorio de las instituciones que los sectores populares obtuvieron con sus luchas en el capitalismo. Es cierto que aquello que choca con el sistema puede terminar teniendo un efecto legitimador o devenir funcional. Pero ello no quiere decir que, como expresión que choca con los límites, no pueda mantener su potencialidad disruptora. Y aquí es precisamente donde se pone de relieve la dimensión contradictoria. Porque se trata precisamente, como estrategia, de ver cómo se puede extremar la contradicción, llevarla al límite, hacer que desborde en un sentido superador.

En la búsqueda de ese límite está la vieja preocupación gramsciana de encontrar en el presente los elementos materiales para la construcción de un orden alternativo futuro, de construir la contra-hegemonía a partir de las experiencias que se presentan en la realidad como expresión de la contradicción que define al orden social capitalista. Manejarse sobre la contradicción resulta una tarea difícil pero insoslayable, en la medida en que es asumiéndola -y no negándola- como será posible su superación. No cabe decir, entonces, no me gusta el Estado Benefactor porque su accionar tiende a la legitimación del sistema capitalista o, por el contrario, defiende a ultranza sus instituciones porque expresan la posibilidad de tomar de a poco el poder, democrática e incruentamente. Se trata, en cambio, de pensar precisamente sobre la dimensión contradictoria, de asumir el doble sentido, esa tensión que torna más compleja pero más significativa la lucha.

En términos de gestión pública se trata de que las disputas sociales cristalicen en programas, entren en la agenda pública, dejen de ser reivindicaciones sectoriales para transformarse en intereses públicos. No necesariamente esos intereses implicarán la construcción de una nueva institución estatal para gestionarlos, ni se transformarán en un nuevo programa dentro los organismos preexistentes. Limitarse a pensar en este sentido condenaría a que esas reivindicaciones se burocraticen, queden fuera de cualquier posibilidad de gestión participativa y terminen, como tantas buenas intenciones, en la telaraña burocrática de los pasillos públicos y las disputas por los cargos y las contrataciones. Tampoco se pretende que la sociedad civil por sí, en acciones puramente comunitarias, pueda llevar exclusivamente el peso de las tareas colectivas. La experiencia demuestra también como muchas esperanzadas iniciativas naufragan al chocar contra los límites de sus carencias técnicas y materiales más imprescindibles. Todavía el Estado, con sus contradicciones, sigue siendo un referente difícil de soslayar a la hora de definir el espacio de "lo público".

Se trata, en cambio, de pensar audazmente en la autogestión de la sociedad civil. Hablar de participación y de descentralización, pero en serio. Esto quiere decir que se deberá tender a que la mayoría de los temas que se incorporen a la agenda pública sean resueltos desde acciones de la misma sociedad civil, a partir del fortalecimiento de sus instituciones. El accionar estatal, lo que puede poner la marca a una gestión progresista, pasa principalmente por el efectivo involucramiento de recursos para este tipo de políticas. Se trata de pensar en aplicaciones presupuestarias tendientes a fortalecer el tejido de organizaciones populares de la sociedad civil; de sesgar esa aplicación hacia aquellas que garanticen una resolución más

participativa de las temáticas y de controlarlas, exigiéndoles el cumplimiento de aquellos programas que se comprometieron a realizar.

Y esta construcción requiere nuevas respuestas sobre la base de deseos diferentes de los distintos sujetos, en un juego político, económico y social dinámico, que vaya inventando autogestivamente los caminos futuros ("los caminos", así, en plural).

Un elemento crucial es que semejante movimiento transformador debe inscribirse en un proyecto de reforma "intelectual y moral", que haga frente al desánimo y la apatía promovidos por la ausencia de alternativas consistentes a la dominación neoliberal. Se trata de enfrentar la paradoja de que cuanto más brutal se exhibe la forma de dominación y más claramente demuestra su esencia desigualitaria, cuando más aparece objetivamente la posibilidad de "desfetichizar" las relaciones dominantes, la sensación de fracaso e imposibilidad de cambiar el presente operan como "cemento" de un orden que parece haber renunciado a la pretensión de legitimarse frente al conjunto de la sociedad.

EL PODER Y LA PARTICIPACION

Y aquí se plantea como fundamental la cuestión del poder. Ya Gramsci destacaba, casi obsesivamente, que el socialismo implicaba, como proyecto, la superación de la escisión entre dirigentes y dirigidos. Y más aún, ello suponía generar "ya desde ahora" nuevas prácticas al interior de las organizaciones populares, que tendencialmente permitieran materializar la democratización total de la sociedad, a través de las síntesis producidas al interior de un partido concebido como "intelectual colectivo", como organizador -y en ese sentido dirigente- de las amplias masas subalternas.

Un punto oscuro en la teoría marxista, o mejor dicho oscurecido por los usos y las prácticas políticas concretas a partir de la estalinización del leninismo, es el de la democracia como parte inescindible de la construcción de una sociedad nueva. Justamente el derrumbe de los monstruos burocráticos en que se convirtieron los socialismos reales del Este pone sobre el tapete una cuestión que, no por ser debatida desde hace varias décadas por la tradición marxista, ha sido resuelta. Y aquí una evidencia de la que también es preciso hacerse cargo en la "nueva cultura": la resolución del tema de la propiedad de los medios de producción no resuelve, simétricamente, la cuestión clave del acceso diferencial a las oportunidades de vida ligadas a la capacidad de decisión sobre el destino del excedente social. En tanto que el poder no es una "cosa" que se toma sino una relación que se construye con recursos diferenciales, la cuestión de la forma en que se adoptan las decisiones que afectan el destino de la sociedad no es para nada indiferente. Ello es así por cuanto es precisamente en ese plano en el que se expresan las relaciones de poder.

Y como la experiencia histórica ha demostrado, la forma democrática de construcción del poder no puede postergarse para el momento en que se accede al gobierno, sino que debe estar implicada en la manera misma de conformar y desarrollar las fuerzas políticas que le dan sustento, como única garantía de democratización real.

Por eso creemos que, desde una izquierda de los noventa, se puede aportar a la construcción de una fuerza progresista como el Frente Grande una nueva concepción de hacer política que signifique trabajar no *para* la gente, sino *desde* la gente. Si se quiere ser gobierno y alternativa de cambio para nuestra sociedad, creemos que se debe gobernar con la gente y no sustituyéndola.

Pero la participación no se trata solamente de formularla, sino de hacerla efectiva. Ello implica crear los canales que la posibiliten. La mayoría de las personas -y menos en los tiempos que corren- no suele participar en forma genérica, es decir, por el solo interés de "participar", sino a través de canales y situaciones concretas cuando entiende que su participación cobra algún

sentido. A partir de estas realidades concretas es que se abre la posibilidad de expresión y contribución democrática para la elaboración de las estrategias de resolución de los problemas comunes. Para que esta posibilidad no se frustre es preciso generar, con hechos, el convencimiento de que las acciones encaminadas a modificar la realidad son el resultado de la propia participación junto a la de otros y no, en el mejor de los casos, la consecuencia de una "interpretación" por parte de la dirigencia. Por eso un aporte profundamente de izquierda debe ser tratar de luchar por ser sujeto y no objeto de la actividad política.

Entendemos que encontrar los caminos más apropiados para la participación genuina no son sencillos, mas aún en una época donde prevalece la desmovilización y el refugio en lo individual. Por eso tampoco la idealizamos como concepto mítico. También consideramos que generar el proceso democrático de la participación es un camino arduo, que comprende todas las instancias, desde la elaboración hasta la práctica política. Este concepto es aplicable tanto a la gestación de las propuestas políticas desde el llano, como a una futura acción de gobierno.

El proceso de la participación democrática, aunque aparentemente más largo porque entraña la instancia necesaria de la deliberación y el debate, no es indefectible que atente contra la ejecutividad final. Por el contrario, es el único antídoto contra la tentación de un efectismo inmediato, excluyente y finalmente autoritario, que suele ser el camino más directo al aislamiento y la arbitrariedad políticos, cuando no a la corrupción. Si el Frente Grande pretende ser algo más que un gestor prolijo del orden establecido debe hacer el esfuerzo insoslayable, además de elaborar una propuesta verdaderamente alternativa y viable, de construirla y sostenerla democráticamente.

El Frente Grande ha conquistado un espacio a partir de la denuncia de la corrupción y de mostrar una ética alternativa. Pero creemos que para ampliar y consolidar este espacio hace falta más. La denuncia y la protesta son herramientas que deben engarzarse con propuestas superadoras. La propuesta programática de gobierno alternativa no se construye solamente a partir de la promesa de honestidad y transparencia en una futura gestión, ni tampoco con la convocatoria a equipos técnicos o profesionales aislados, por más brillantes y necesarios que sean. Un programa y una práctica verdaderamente superadoras de la manera tradicional de hacer política debe contener, como requisito insoslayable, el espacio para el debate y la construcción democrática, la irrupción desordenada y enriquecedora del elemento "plebeyo" que coloque la impronta de lo popular. Pero más aún, *debe quedar absolutamente claro que sin mecanismos efectivos que aseguren la transparencia y permitan la participación amplia ni siquiera será posible sustraerse a los peligros de la corrupción, por mejor intencionados y honestos que sean los dirigentes y la mayoría de los militantes.*

No somos ingenuos. No se trata de volver a una mítica de tiempos que ya pasaron, como si pudiera regenerarse a voluntad y con independencia de las condiciones objetivas. Partimos de una sociedad donde se ha roto a sangre y fuego buena parte de su entramado solidario y de una época signada por el individualismo feroz. No creemos, entonces, que el avance de una fuerza progresista en el plano electoral generará automáticamente un aluvión participativo. De hecho, no sucede ni parece ser la demanda mayoritaria, encaminada a exigir honestidad y efectividad en sus representantes -lo que no es poco-. Sin embargo, tampoco se trata de cristalizar esa realidad y renunciar a modificarla. Es en este punto donde la tradición de pensamiento socialista debe promover los mecanismos para ir gestando formas nuevas y no frustrantes de participación democrática. Ese es el reclamo incesante que debe efectuársele a una alternativa progresista como el Frente Grande y el punto en el que la izquierda puede sentirse convocada en un espacio más amplio que su propia tradición. De otro modo, insistimos, será muy poco lo que pueda hacerse para modificar la realidad en el sentido de favorecer verdaderamente a las clases subalternas y para avanzar en una lucha contrahegemónica, como dijimos al comenzar estas páginas. Porque sin el calor y la implicación de quienes deben ser sujeto de la historia lo más seguro es que se repita una

frustración aún más grande.

No hay recetas mágicas, no hay técnicos geniales, no hay destinos unívocos que puedan recrearse "desde arriba". Porque desde lo alto siempre terminan ganando los poderosos. Desde lo alto solo se ven colecciones de puntos abigarrados e indiferenciados y se pierde la dimensión real de los problemas humanos. La única esperanza es empezar a construir un camino alternativo **desde abajo**, desde donde los problemas aparecen y con quienes los padecen. La función de dirección, entonces, será la encargada de mirar la totalidad, de resolver los conflictos, de operar en las contradicciones.

Debemos resaltar, como señalamos antes, que el Estado no es una instancia mediadora neutral, sino que articula una relación social desigual -capitalista- con el objetivo, justamente, de preservarla. No obstante esta restricción, que aleja cualquier falsa ilusión instrumentalista -es decir, "usar" libre y arbitrariamente el aparato estatal como si fuera una cosa inanimada operada por su dueño-, es posible aún pensar en márgenes de autonomía relativa de la gestión pública. Para ello, es necesario forzar el comportamiento real de las instituciones estatales para que se adapten a ese "como si" de neutralidad que aparece en su definición formal. Hay que aprovechar la apelación al "interés general" para imponer medidas que preserven el interés mayoritario. Claro que esto no es algo sencillo y entraña peligros intrínsecos. Porque la ficción del interés general se enfrenta cotidianamente a la cooptación de las instituciones estatales por intereses específicos, que plasman, se materializan, en las propias instituciones. Se tratará, entonces, de forzar al Estado a actuar "como sí", verdaderamente, fuera una instancia de articulación social. En ese "como sí" habrá un lugar para una gestión progresista y un camino para que la izquierda empuje en el sentido del autogobierno popular, de la irrupción irreverente de "lo plebeyo" en la escena pública, de la utopía indeclinable del socialismo. El Frente Grande tiene ante sí la oportunidad histórica de abrir este nuevo espacio. Ojalá podamos contribuir a que no se frustre.